

Es un día cualquiera. No es sábado ni domingo porque hoy tengo que ir al colegio. Como cada mañana mi madre entra en mi cuarto para despertarme, aunque yo ya he oído algún ruido que procede de la cocina. Seguramente está preparando mi bocadillo de fuet.

Después, no habrá más ruido porque cuando me vaya a la escuela se quedará durmiendo en el sofá para no molestar a mi padre y esperará a que él se despierte. Mi padre llega muy tarde por las noches porque trabaja en una fábrica de recambios. El único día que llega pronto es el jueves. Es un hombre de pocos amigos, que yo sepa solo tiene uno que tiene un bar al final de nuestra calle y que, por cierto, todos los jueves cierra para poder descansar.

Tenemos una vecina que tiene una hija de mi edad y que va conmigo al colegio, aunque no a la misma clase. Cada mañana me voy con ellas, no sé por qué ni en qué momento se puso de acuerdo con mi madre pero creo que siempre me he ido con ellas. La única explicación que se me ocurre es que, como a mi padre le gusta que mi madre esté en casa, si no es estrictamente necesario no sale y hace cosas allí, como por ejemplo cocinar. A mi padre le gusta mucho comer y si algún día no le acaba de gustar lo que mi madre prepara se enfada. Yo siempre como en el colegio, cada semana me compro los *tickets* con el dinero que me da mi padre. Cuando salgo del colegio, por la tarde, vuelvo solo a casa, pues no está muy lejos y ya no tengo tanta prisa como por las mañanas.

Cuando llego, mi madre suele estar igual que cuando me fui por la mañana. Eso sí, la noto cansada y se interesa por cómo me ha ido el día. Veo que se esfuerza por hacerme preguntas pero también noto que no está del todo atenta. A veces, pienso que no parece tan contenta como las mamás de mis amigas pero no se lo digo para que no se enfade.

Casi cada día, hago los deberes, me ducho, ordeno mi habitación, meriendo... Pero hoy va a ser un día un poco raro porque es jueves y mi padre llegará más pronto. Como siempre, mi madre parece nerviosa y hace cosas apresuradamente para que a las ocho, que es cuando llega mi padre, esté todo arreglado y preparado, y yo en la cama (papá odia que en casa haya mucho trájín). Yo suelo hacerme la dormida porque sé que así evito problemas. Total, suelo ver a mi padre los sábados y domingos porque nos lleva a pasear, siempre a sitios donde no hay mucha gente. Mi madre no suele decir nada, solo me mira y sonrío.

Oigo a mi padre levantar la voz no sé el motivo porque a mi madre nunca la oigo, supongo que no solo pasará los jueves pero los demás días cuando llega ya me he dormido. Los sábados y domingos, en cambio, es como si todo quedará en silencio. Muchas veces, puedo escuchar a mi madre llorar y a mi padre chillar, y como si movieran algunas cosas de la casa. Me pongo un poco nerviosa y me cuesta dormir pero intento pensar en otras cosas e imaginarme algunas tonterías.

Mi madre entra cada noche para ver si duermo y si estoy tapada. Ella lleva un

pañuelo de flores en la mano con el que se seca la cara como si tuviera calor pero sé que se está secando las lágrimas porque en invierno hace frío. También se le secan mucho los labios, siempre se los tiene que curar, por eso creo que es por el frío.

En realidad, sé que algo no va bien en casa pero creo que soy una niña y que no estaría bien decir nada. Quiero estar contenta y ser feliz con mi familia. Pero uno de estos jueves, después de bastantes jueves de hacerme la dormida, mi madre entró en mi habitación para arroparme como siempre y yo estaba levantada, metiendo algunas cosas en una pequeña maleta verde que me regalaron el día de mi cumpleaños. Entonces, mi madre me pregunta:

—¿Qué haces?

— Nos vamos — Le contesté.

—¿A dónde vamos? — Me preguntó mi madre.

— A vivir.

Mi madre se quedó mirándome y noté que comprendía lo que quería decir. Intenté explicarle lo que estaba viendo:

— Mira mamá, yo soy como tú, aquella niña soñadora, alegre y divertida que esperaba tener una vida feliz. Ni tú ni yo somos responsables de esto, no es culpa nuestra. No vamos a esperar nada aquí, vámonos a volar y a vivir porque hay gente ahí fuera que nos está esperando para ayudarnos, escucharnos y tratarnos con cariño. Aunque será duro, al principio, estaremos juntas.

Entonces, mis palabras ya no procedían de mi sino de la propia niña que mi mamá algún día fue:

— El amor propio y el amor hacia los demás es lo más importante, es lo que hará que este mundo no se destruya, que haya vida y que los que vengan detrás encuentren un buen lugar para vivir. Estés sola, junto a una familia, con amigos y amigas, en pareja, etc. tú eres única y tu amor hacia ti misma y hacia los demás es lo más valioso que una persona puede tener.

Mi madre salió de mi habitación y yo salí detrás de ella. Paré un momento en la puerta del baño, donde mi padre se estaba duchando (pensé que el también necesitaba ayuda) y continué caminando por el pasillo con mi maleta verde. Cuando llegué a la puerta, allí estaba ella esperándome. No llevaba maleta, solo su cartera y el pañuelo de flores atado con un lazo en la cabeza.

Cerramos la puerta sin hacer ruido y caminamos en busca de nuestra felicidad.

Violeta.

